

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

**D. Miguel Sawa.****15 CENTIMOS NÚMERO**  
**Idem atrasado, 30.**

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

**25 Números, 2,50 pesetas.**

## FRASES

El siglo próximo es para el trabajo, y ya claro se ve, en el socialismo que se impone, dibujarse la ley social de mañana, esa ley de trabajo para todos, el trabajo regulador, pacífico...

¡Cuán grande y sana la sociedad en que cada miembro aporte su parte lógica de trabajo!

Un hombre que trabaja es siempre bueno.

**Emilio Zola.**

\*\*

Vuestro porvenir, pequeños propietarios, aislados ó asociados en común, helo aquí si no os defendéis: os arrebatarán el campo y la recolección, os cogerán á vosotros mismos, os atarán á alguna máquina de hierro humeante y estridente, y rodeados del humo del carbón, tendréis que agitar vuestros brazos sobre una válvula de vapor diez ó doce mil veces diarias. A esto se llamará Agricultura, pues nos hallamos en una edad de ciencia y de método, y nuestros gobernantes, servidos por un ejército de químicos y profesores, os preparan una organización social en la cual todo estará regulado como en una fábrica, en donde la máquina todo lo dirige, hasta los hombres, pues éstos sólo son ruedas auxiliares que se ponen de lado cuando quieren reflexionar.

**Eliseo Reclus.****ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE**

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 peseta.  
                  { trimestre..... 2,50  
                  { año..... 10

## FUNDADOR

**EDUARDO SOJO**

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.  
                          { semestre..... 6  
                          { año..... 12

## EL DERECHO DE PERNADA

(DE PAULA MINK)

**Ayer.**

—No, no quiero que los labios de ese malvado se posen sobre los tuyos, amada mía; no quiero que su fétido aliento mancille tu frente pura, haciéndola enrojecer. Por derecho de amor eres mía, pues eres mi prometida, y te deseo sólo para mí inmaculada, esposa mía.

Nuestro señor, nuestro dueño, es el miserable que desde lo alto de su castillo, situado en la cumbre de la montaña, domina los bosques, los valles y los prados. El posee el pueblo, las casas, las quintas y también nos posee á nosotros, sus siervos, sus esclavos; para él somos una cosa, sus bienes. Tiene derecho sobre ti, sobre mí, y he aquí por qué desea pasar contigo la primera noche de nuestras bodas... ¡Infamia! Tus primeros besos de casada pertenecen á ese envilecido, y yo no podré estrecharte entre mis brazos hasta tanto él no te suelte de los suyos... ¡Maldición!

Pero no será así, pues antes te mataría. ¡Tú, tan dulce y tan pura, habías de pertenecer á ese viejo depravado y maldito, encenagado en el vicio! ¡Nunca! ¡Yo no quiero! Pegaré fuego al castillo y al pueblo antes que dejar se consume tamaño sacrilegio.

¡Sí, estoy loco, amada mía; tengo el corazón desgarrado, y mi pensamiento se extravía.

Posa tus manos sobre mi frente, enlaza tus brazos á mi cuello, fija tus ojos en los míos y verás cuán grande es mi amor y cuánto mi odio hacia el señor licencioso que quiere deshonrarte.

Esó ha sido siempre, dices tú.

¡Y qué me importa! Tanto peor si los hombres son cobardes y las mujeres demasiado sumisas; yo no quiero que seas presa del monstruo asqueroso, yo no quiero que el primero de tus hijos lleve en las venas la sangre del malvado; ¡no quiero!

Escucha, ¿me amas lo bastante para seguirme á donde quiera que vaya? ¿Me seguirás en medio de las selvas, á las cavernas, al fondo de los bosques? Allí encontraremos, entre los lobos, junto á las bestias salvajes, un refugio inviolable, un nido para nuestro amor; dime, ¿quieres?

—Sin lágrimas y sin pesar lo abandonaré todo por seguirte, amado mío; para ser tan sólo del amado de mi corazón, para vivir siempre contigo.

—Bendita eres, vida de mi corazón; huiéremos, y así no pertenecerás al viejo señor... Está dicho... ¡Huyamos, huyamos!

Escapemos ligeros á través de las llanuras, saltando empalizadas que quizás el señor desde las almenas nos ha visto ya... Abrense las puertas del castillo y hombres de armas nos persiguen; los perros aullan y corren tras de nosotros... Somos la caza que hoy se busca... Más aprisa, corramos más aprisa, más aún... ¡Chap! ¡Chap!... Nuestro caballo salta los fosos, atraviesa los barrancos. ¡Chap! ¡Chap! ¡Chap! ¡Más ligero, más ligero!

Enlaza bien tus brazos á mi cuello y aprieta así tu pecho contra el mío, que al contacto sienta latir tu corazón. Tus abrazos aumentan mi amor y mi odio, y cen-

tuplican mi fuerza. No temas, nos salvaremos juntos ó juntos pereceremos... Que vengan las gentes del señor y les enseñaré cómo se lucha... No, no te me robarán, yo te lo juro...

Los perros jadeantes se acercan... Ya siento su aliento cálido... Un esfuerzo más, un esfuerzo, y estamos salvados...

Uno que me muerde la pierna, que me salta á la garganta... Un garrotazo y ya tiene bastante... Pero mira... otro... y otro más... Ya son diez, veinte, treinta, los que nos muerden...

Y tú estás herida, ensangrentada... ¡Te han mordido! Ya se aproximan los criados y los hombres de armas, que también aullan al acercarse á nosotros. Nuestro caballo, herido en el pecho, apenas si puede sostenerse... Los perros, hambrientos, arrancan y devoran nuestras carnes... nuestro caballo se desploma... ¡Ah! ¡Esto se acabó! Hemos sido vencidos!...

Lejos brillan luces que se acercan, que nos rodean, y no son las antorchas que llevan los criados, no... Son los ojos de los lobos, los lobos que vienen atraídos por la carnicería... Los hombres de armas huyen atemorizados, los perros escapan aullando tristemente á la muerte... ¡Nos hemos salvado! Los lobos se retiran llevándose el botín...

—Mira; entremos en esta caverna, amada mía, y mañana proseguiremos nuestra fuga... Mañana seremos libres; tú no pertenecerás al señor; los lobos nos libran de esta vergüenza.

**Hoy.**

—Acércate aquí, pequeña, y no temas. Soy el amo, y el amo debe ser obedecido y respetado; contigo seré bondadoso y tierno.

Ya ves, yo, el patrono, te he distinguido; eres linda, tienes una boca divina, y como vas alcanzando la primavera de la juventud, comienzan tus miembros á adquirir morbidez incitante, tus ojos despiden fuego, y al ver tu aterciopelado cutis siento que en mis venas arde la sangre. Tu carne fresca reanimará mi naturaleza; te besaré cual puede hacerlo un amante de veinte años... No rehuyas mis caricias, eres hermosa y te quiero...

¡Hola! ¡Con qué te resistes! ¿Quieres conservarte pura para tu amante? Niñerías, pequeña. ¿Quién es el afortunado? ¿Algún obrero perezoso y brutal, ó bien un charlatán de mostrador, uno de mis empleados, quizás? Un pobrete desheredado seguramente con quien pasarás vida intranquila y desgraciada, en tanto que conmigo tendrás la dicha, la fortuna. Pero le amas, dices tú, y querrás guardarle tus primeras caricias. ¡Gran necesidad! pues que el amor pasa como todo, como la belleza y la virginidad. Y además, ¿qué impedirá casarte con ese rústico después que hayas sido mía? ¿Serás por eso menos bella, menos querida y amada?

Yo te quiero ahora, en la flor de tu juventud, virgen, pura. Soy el dueño y tengo perfecto derecho á desear y poseerte, así como á tus compañeras. Cuando honro á una de mis obreras dirigiéndola palabras de amor, debe ceder al punto: soy el señor, á quien todos deben obedecer y ante quien todos han de temblar, ¿entiendes?

¡Lloras! ¿y para qué? Tus lágrimas no pueden entermecermé, sino que, por el contrario, como te embelleces más aún, aumentas mi deseo... Vamos, un beso en tus labios húmedos, sé mía, y aseguras tu porvenir.

No quieres, aún me rechazas... ¿Crees que voy á ro garte más? Sé mía ó te arrojaré á la calle, sí; como no satisfagas mis deseos te despido de mis talleres, y mañana quedarás sin pan, en el arroyo. ¡Ah!... Irás entonces á pedirle á tu amante que te dé con qué vivir cuando ahora con lo que ganas comes tú y tu madre.

Reflexiona; no te obligo, te dejo libre, absolutamente libre. Pero si rehusas te aguarda la miseria, la desesperación, la muerte por el hambre en el arroyo, y á tu madre el hospital. En cambio, si accedes á satisfacer mis deseos, te aumentaré el salario, te recompensaré con largueza, porque me gustas, pequeña, y á tu cuerpo flexible y blanco sentarán bien vestidos de seda.

Una vez hayas sido mía algunos días, algunas semanas, te devolveré á tu amante, y te casarás si quieres, y tendrás hijos si esos son tus deseos. Piénsalo bien; libre eres... ¿Titubeas aún?... Vamos... O resuélvete á pertenecerme, ó te despido.

¿Aún no?... Dices que prefieres morir antes... Pues bien, sí, morirás de hambre y miseria, ¿lo oyes? Mañana saldrás de aquí; te despido por tu mala conducta... En todas partes diré que eres una desvergonzada y una licenciada; soy rico, respetado, y me creerán, y no encontrarás trabajo en ninguna parte.

¡Ah! Quieres luchar conmigo creyendo poder despreciar mi amor, mis caricias; lo tendré presente y te seguiré doquier vayas, arrancándote pedazos de tu reputación, que equivale á arrancarte la vida poco á poco; te agobiará la desgracia, y la miseria te aniquilará paulatinamente; tu madre morirá de dolor, tu prometido de desesperación, y un día serás recogida en la calle como algo informe que ya no sirve.

¡Ah! Cedes, al fin me acercas, llorando, tus frescos labios, que ardorosamente voy á besar...

Bien; yo soy el señor y el dueño, y como los nobles de la Edad Media, tengo derecho sobre mis siervos y obreros; más que los señores, yo las poseo á todas, y ninguna puede sustraerse á mis deseos. Para someter á unos y á otros, no necesito hombres de armas, criados y perros; la miseria me basta: contra ella no hay refugio, no hay asilo contra el hambre.

Traducido por

CRISTÓBAL LITRÁN.

## A UN ENEMIGO

Así, fuera el disfraz. Sé infame, infame; prefiero ¡vive Dios! en mi hidalguía lobo que muerde, á vívora que lame.

¿Que me aborreces? Bien. Ya lo sabía: Caín y Judas asomaban juntos detrás de tu alevosa hipocresía.

Bien haya la ocasión que por sus puntos me reveló tu natural menguado, de que más de una vez tuve barruntos; porque quiérote enfrente, no á mi lado: me honran hoy las injurias que me inferes cuanto ayer tu amistad me ha deshonrado.

Yo profeso esta máxima, ¿qué quieres?, «al hombre has de juzgar por tu enemigo; dime quien te odia y te diré quien eres.» ¿No has de cansarme vanidad? Contigo sé que hay un alma que mi nombre llena, que hay quien espía cuanto siento y digo; pues vives de mi gozo ó de mi pena, y atado vas á mí por el desprecio como á su amo el lebel por la cadena.



# DON QUIJOTE



Las de la Vinda de M. Bautista, Jentes del Yolo, 22.

LA CONVERSION DE DON EMILIO  
Ayuntamiento de Madrid



Permite que me muestre satisfecho: ¿donde hay humillación como la tuya, ni homenaje mayor que el que me has hecho? Y no haya miedo de que al fin concluya tal sumisión, ó de que el tiempo vario este nefando vínculo destruya.

Olvidarme podrán, por el contrario, aquellos seres en quien más confío y á quien dentro del pecho alcé un santuario; mas de tí estoy seguro, tu eres mío; arrastrarás, forzado miserable, como un grillete, tu rencor sombrío; aunque ceder quisieras no te es dable: cede, tal vez el que persigne agravios, el que venga un favor es implacable.

Borbote, pues, en tus convulsos labios la hiel que anega el corazón mezquino, mal de que siempre guardarás resabios.

Ser odioso es odiar; cumple el destino. Resuélvese en maldad toda impotencia. ¿no eres inútil? pues serás dañino.

Dijérase ¡pardiez! que es la conciencia de su deformidad, que ocultamente va fermentando en cólera y demencia, lá que da su veneno á la serpiente, su armadura de puas al erizo, su garra al tigre, y al caimán su diente.

Ella es, sin duda, quien por grados hizo, ¡oh fiero detractor hipocondriaco!, pérdida al zorro, al sapo astudado; ella inspira la astucia del macaco, y ella es diente, veneno, púa y garra,

miedo, astucia y furor en el bellaco. Animo, pues, y á tu sabor desbarra; con el tejado de cristal, no tema tu mano apedrear los de pizarra.

Ya la difamación es un sistema y el escándalo un arte que, sin freno logra, al presente, perfección suprema.

Se coge barro, pez, hollín y cieno, se amasa todo con algún sofisma y con cualquiera dicharacho obsceno; se ungen las frentes con tan negro crisma, y esto suple á la lógica, al buen gusto, y á la razón... y á la sintaxis misma.

Así, en mil casos, del censor adusto que imagina tener en el bolsillo los dogmas de lo justo y de lo injusto;

Catón de mojiganga y baratillo, Zoilo de lance, que disputa recio y escupe á lo matón por el colmillo; si, dominando el asco y el desprecio, ráspase un poco en lo exterior, ¿qué se halla? un pedantón tras quien se oculta un necio, y un necio tras del cual hay un canalla.

EMILIO FERRARI.

## EL SOCIALISMO

La Iglesia católica es socialista. Esto se asegura, sobre todo desde la encíclica del Papa de 15 de Mayo de 1891. Nosotros no hemos podido nunca creerlo. El socialismo dignifica el trabajo y lo considera fuente de todo progreso; la Iglesia lo presenta como el castigo de una falta de los primeros hombres. Para el socialismo es virtud; para la Iglesia, azote.

Deplora la Iglesia los males de la presente sociedad, y aun se propone corregirlos; pero respetando las causas que los engendran. Mira como imposible la igualdad de condiciones: no acierta á concebir que la desigualdad de aptitudes, si impone desiguales deberes, no consiente desiguales derechos. Admite así la división de clases, y no hace cosa alguna por nivelarlas y confundirlas.

Si fuese socialista la Iglesia, empezaría por reorganizarse. Tiene, como la sociedad civil, su aristocracia, su burguesía y su plebe; los prelados—los cabildos—los curas de aldea y los sacerdotes saltatumbas; arriba los obispos gozando de pingües sueldos, morando en suntuosos palacios, vistiendo seda y púrpura, luciendo en las manos diamantes y en el pecho una cruz de oro, saliendo en carroza que arrastran mulas, llevando pajes y disponiendo de una más ó menos numerosa servidumbre; abajo, gentes con estipendio misero ó sin estipendio, la sotana y el manteo raidos, lleno de mugre el solideo, el hogar, si espacioso, poco abastado; ocurriendo también aquí que los más pobres son los que más trabajan, y los más ricos los que más huelgan.

Esa desigualdad de goces engendra y mantiene en las sociedades civiles la envidia, el rencor y el odio; y la envidia, el rencor y el odio se engendran y mantienen en la Iglesia. Hablan mal del prelado no sólo los curas de aldea y los extravagantes, sino también los cabildos. No hemos conocido prelado que no murmurase de sus canónigos, ni canónigos que no estén en pugna con su prelado.

¡Ah! me dijo un día el cura de una villa de Guipúzcoa que no tenía nada de lerdo—si los liberales en lugar de hacer indistintamente la guerra al clero de arriba y al de abajo, hubieran hecho la causa del párroco contra el obispo, sería hoy liberal toda España, y ni aun en estas provincias contaría adeptos D. Carlos.

Nada puedo con mis canónigos, nos dijo un día un señor arzobispo: no son canónigos, sino bandidos. Ellos son, añadió el secretario, los que robaron la pedrería de la custodia de Moscoso.

Tiene la Iglesia en su seno la misma guerra que el mundo profano: no la sabe acallar en su casa y ¿la ha de acallar en la ajena? Así han sido hasta aquí tan infructuosas lo mismo sus palabras que sus intentos. ¿De qué ha servido la última encíclica del Papa? De lo que

sirvieron las que escribió á raíz de su pontificado y las pastorales que había dirigido á sus fieles como arzobispo-cardenal de Perusa, contrarias todas al socialismo.

Podrá el ingenio hacer compatibles los Evangelios y el socialismo, no el socialismo y la Iglesia.

F. PI Y MARGALL.

## LEY DE VAGOS

Tiene en proyecto el Gobierno, según la prensa ha anunciado, una ley que ha de llamarse (cuando rijan) LEY DE VAGOS; cuyo fin es, como el nombre indica de un modo claro, castigar la inercia humana y fomentar el trabajo, retirando de la circulación á todos los *guapos* que carecen de carrera, de oficio, de renta, ó de algo que justifique su vida, y, sobre todo, sus actos. Piensa con ella el Gobierno obtener gran resultado, recogiendo del arroyo una infinidad de zánganos, que son carne de presidio y á veces de garabato, los cuales, de sol á sol, pues pasan la noche en claro, no tienen otros afanes que *afanar* al desdichado todo cuanto lleva encima y aun lo que lleva debajo, por los mil procedimientos que ya se han vulgarizado, desde el *timo del cartucho*, hasta el mismísimo *atraco*, constituyendo á Madrid en *corte de los milagros*. No está mal lo de la ley, si no fuese uno de tantos proyectos ministeriales que no se llevan á cabo, y que, si al fin se sanciona, no cumplen los encargados de ejecutarla, y si alguno la ejecuta (extraño caso) y pone á disposición al criminal, del Juzgado, no faltan quienes le pongan, á las primeras de cambio, de patitas en la calle para que siga robando; dándose el caso inaudito, el tristísimo espectáculo de que son, los que tal hacen, los mismos que promulgaron la ley, como salvadora y para engañar á incautos. Pero, en fin, por si esta vez se llega á hacer algo práctico, cosa imposible en España y en la que no confiamos, el DON QUIJOTE se inclina, pues no se anda con reparos, á que dicha ley se aplique con un criterio más amplio, y no se reduzca solo á perseguir los bigardos que roban, si á mano viene, un bolsillo con tres cuartos, ó un reloj de tres pesetas, ó una capa en mal estado, sino que alcance también á otros ratas, á otro cacos que visten de caballeros y obran como unos villanos. ¿Que le toca á algún ministro, senador, ó diputado, ó general? ¡A la cárcel! y si es de justicia, ¡al palo! que la Regeneración es corriente, al fin y al cabo, y las corrientes se extienden desde la montaña al llano, y entre que aborquen al *Piri* y ahorquen á *Don Fulano*, ministro de la corona, senador ó diputado, no es dudosa la elección: *Don Fulano*, *Don Fulano*.

## AROLAS

No se muere Primo de Rivera, no se muere Blanco, y en cambio se muere Arolas. ¡Son las eternas equivocaciones de arriba!

Y seguramente ese hombre no había cumplido su misión en la vida; le quedaba aún mucho que hacer...

Para su gloria como soldado, bastan sus campañas de Cuba y Filipinas.

Pero los que le conocíamos, y por tanto creíamos en él, le juzgábamos capaz de mayores empresas, de mayores triunfos.

¡Y se ha muerto! Otro hombre más que pierde la causa de la República.

## LANZADAS

### CONSEJO DE MINISTROS

*Silvela* (agitando la campanilla): Señores, comienza el Consejo.

*Polavieja* (rezando):

Todo fiel cristiano

está muy obligado á leer mi Manifiesto con mucho cuidado...

*Villaverde* (interrumpiéndole): Pero, mi general, ¿va usted á colocarnos otra vez el Manifiesto?

*Polavieja*: ¡Pues claro que sí! ¡Es absolutamente preciso que se lo aprendan ustedes de memoria para que vayamos unidos y compactos á realizar la obra sagrada de la regeneración!

*El marqués de Pidal*: ¡Amén!

*Silvela* (sonriéndose): Pero, mi general, si no hay uno de nosotros que no se haya aprendido ya desde la cruz á la fecha tan notabilísimo documento.

*Dato*: Yo lo leo todas las noches para dormirme.

*Villaverde*: Yo me lo encontré ayer en la sopa.

*Durán y Bas*: Yo lo estoy traduciendo al catalán.

*El marqués de Pidal*: Yo lo voy á declarar de texto en las escuelas.

*Polavieja* (algo emocionado): Veo, señores, con satisfacción que hacen ustedes justicia á mi talento.

*Silvela*: Conque vamos á ver, señores, si nos ponemos alguna vez de acuerdo y terminamos con esa enojosa cuestión de los presupuestos. Hay que reducir los gastos todo lo posible; Villaverde no tiene un cuarto...

*Villaverde*:

¡Y que puedes decirlo muy alto, que es la *chipén!*

*Silvela*: No haga usted citas clásicas, hombre, y déjeme concluir. La situación del Erario público es verdaderamente dolorosa; la situación del contribuyente es más dolorosa aún...

*Polavieja* (dando un puñetazo sobre la mesa): ¡Todas esas son pamplinas! Y á mí no me venga usted con discursitos, porque maldito el caso que hago de ellos. He dicho antes, y lo repito ahora, que yo no rebajo un céntimo de mi presupuesto. ¡Pues hombre, no faltaba más sino que á mí me vinieran con imposiciones! Si no hay dinero que lo busque Villaverde, que para eso le he dado la cartera de Hacienda. ¡Ca...nastos!

*El marqués de Pidal* (despertando): ¡So... so... siéguese usted, mi general.

*Silvela* (aparte): ¡Si no fuera mirando!

*Dato*: ¡Pero don Camilo!

*Polavieja*: ¡Nada; lo dicho, dicho! Las atenciones de mi ministerio son sagradas. Tengo que sostener á muchos amigos y cuidar de la defensa de la Península, seriamente amenazada por los unos... y los otros.

*Silvela*: Bueno; ya veremos el modo de arreglar eso.

*Villaverde*: Pero conste que yo...

*Silvela* (agitando la campanilla): ¡Orden, señores, orden!

*Durán y Bas*: ¡Vaya, está dicho, pues yo juro por la *mare de Deu* que no puedo rebajar tampoco un ochavo de mi presupuesto! Lo primero son las obligaciones eclesiásticas.

*El marqués de Pidal* (soñando): Yo tampoco puedo disminuir los gastos de mi departamento.

*Dato*: ¡Ni yo!

*Villaverde*: ¡A que me voy con mi credencial á otra partel!

*Silvela*: ¡Orden, señores, orden! No hay que incomodarse. Ya veremos el medio de complacer á todos, aunque sea sacrificando al contribuyente. Por lo pronto suspendamos esta discusión, á ver si en el próximo Consejo logramos ponernos de acuerdo.

*Polavieja*: Pero conste que yo no cedo un ápice en mis exigencias.

*Silvela* (levantándose): Queda terminado el Consejo.

*Polavieja*: Aguarden ustedes; les leeré un parrafito de mi Manifiesto.

*Coro de ministros*: ¡Por compasión, don Camilo!

*Polavieja*: Bueno, otra vez será. Pero, al menos, reciten ustedes conmigo los versos que ha compuesto Mataix enalteciendo las excelencias de mi programa político.

*Los ministros á coro*:

Todo fiel cristiano,  
está muy obligado  
á leer mi Manifiesto  
con mucho cuidado...

TELÓN

## ULTIMA HORA

Compuesto y ajustado el número, llega á nosotros la tristísima noticia de la muerte del gran tribuno, D. Emilio Castelar.

No tenemos tiempo siquiera para comentar esta inmensa desgracia; para llorarla...

En el próximo número de DON QUIJOTE, ya más en calma nuestro espíritu, tributaremos al insigne repúblico el homenaje de nuestro dolor, el homenaje también de nuestra admiración...

Imprenta de Antonio Marzo, calle de Apodaca, 18